

Me fijé en ella enseguida. La chica rompía el molde o clisá de la clásica lanzadora entrada en carnes y a veces en años. Parecía una pantera, lanzando o sin lanzar la jabalina. Sus cortas carreras de calentamiento, sus saltos para aflojar los músculos de brazos y piernas, su bello y negrísimo pelo, su figura sin pérdida de aplomo o equilibrio, su modo de volverse hacia el banquillo, de despojarse de su chandal con el número 54, o de mirar al público, me cautivaron. Se quedó conmigo, en fin, desde el primer momento en que la vi y todo eso.

He esperado hasta hoy para escribir sobre el lanzamiento de jabalina, en todos los estadios de la historia y en todos los estadios deportivos, ya sea por hombres o mujeres. He esperado hasta hoy, recopilando datos de esta especialidad olímpica en general, pero pensando en la muchacha, en la pantera más extraordinaria que jamás vieran ojos moscovitas. Y empiezo ya, aunque he de volver luego a la muchacha, por razones, como las llamaría Vázquez Montalbán, de mi educación sentimental.

Con mi manía de rebuscar la etimología de cualquier palabra y en cualquier idioma, manía bendita que despertó en mí hace más de venticinco años el profesor de filología románica en la Universidad de Chicago y miembro del "Institut d'Estudis Catalans", don Joan Coromines, ilustre catalán que no muy buen trato ha recibido entre nosotros —que se avergüencen los que ya sabemos—, con esa pasión o regusto, casi meto esta vez la pata hasta la portañuela. Resulta que por constarme que en la antigua caza mayor se empleaba una lanza corta o venabla, y por saber también que, en general, el jabalí era y es catalogado como pieza de caza mayor, ya tenía medio montada una teoría sobre el origen de la jabalina, nombre que se le dio al tal venabla, destinado a cazar piezas gordas, como lo es el sabroso y montaraz suido. Pero de pronto me asaltó una horrible duda, fundamentada en dos hechos que me constan de modo incontrovertible. El primero de ellos es de orden cinegético: aunque solamente he ido al jabalí como furtivo, ya sea en Barberà de la Conca, cerca de Poblet, o en tierras de Salamanca, y siempre de noche y con linterna acoplada bajo el caño de la escopeta, sé que los que se dedicaban y aun se dedicaban a su caza, en plan fino o de mayor tronfo, lo hacen con rehalas de perros que acosan al cerdo y le detienen, y que el montero llega luego a la escena y acaba, y acababa antaño también, a cuchilladas con el bicho, pero nunca a lanzadas o "jabalinadas". O sea que, derivada del jabalí, la palabra jabalina significa sólo la hembra de esta especie, pero no un arma arrojadiza. El segundo hecho o dato que acabó de desmontar mi teoría sobre el origen de tal nombre lo constituye el que yo me enterara durante una prolongada estancia en Argelia, en donde me enteré, también de otras cosas que no hacen al caso, de que allí se llamaba a nuestro puerco salvaje "jinzip yabalí", cerdo montés, y que me corrija mi hermano Juan si mi memoria falla. Es decir que el nombre de jabalí le viene a nuestro animal del Magreb, y en árabe "jabalina" nada parecido a una lanza significa.

Ante tal agobiante evidencia, y para salvar rápidamente a esta carta de un desastre asegurado, recurri a hacer sólo unas horas a la enorme biblioteca de autores y de literatura extranjera de Moscú, biblioteca que dirige la señora Kossyguina, hija del dirigente soviético Alexandre Kossyguin, señora que tan cordialmente nos recibió a Juan Ramón Masoliver, al académico —como aquí le llaman, así, sin más, y aunque lo sea— Guillermo Díaz Plaja y al que esto escribe. Mis queridas amigas Ludmila Sinianskaia y Ella Braguinskaia, que se brindaron a acercarse hasta la biblioteca, me acaban de salvar del aprieto. Una ha ido directamente a consultar el diccionario crítico

José Agustín Goytisolo, el mayor de una saga ilustre de escritores, poeta de *Salmos al viento*, *Algo sucede*, *Los pasos del cazador* (con el que acaba de obtener el premio Ciudad de Barcelona 1980), *Palabras para Julia y otras canciones*, *Taller de arquitectura...*, traductor, prologuista, antólogo, ensayista... Invitado por la asociación internacional de escritores, ha estado en varias ocasiones en la URSS, desde donde ensayó una nueva faceta literaria: los comentarios literarios a los juegos olímpicos que Goytisolo no boicoteó.

Escrito en Moscú

La mulata de la jabalina

por José Agustín Goytisolo

etimológico del profesor Coromines, más conocido aquí que Sara Montiel, que es mucho conocer, y la otra ha caído como un águila sobre la jabalina deportiva y olímpica. El resultado, rápido y brillante, ha confirmado mis sospechas. La jabalina



deportiva procede, como palabra, y mal les pese a los patriotas indignados contra Giscard y su gente, del francés *javeline*, voz derivada de *javelot*, y esta a su vez del celta *gábalus*, empleada por los galos romanizados, y que designaba a una pica, tridente a veces u horca, empleada en la guerra. Entre los hispanos no aparece jabalina alguna, en literatura, hasta Lope y Góngora, sustituyendo a veces al popular "venablo". Y la jabalina deportiva, tal como hoy se emplea, es un asta de madera fina o de metal ligero de una longitud entre 2,60 y 2,70 metros y de un peso de 800 gramos, para los hombres, y de 2,20 a 2,30 metros y peso de 600 gramos, para mi pantera del estadio Lenin y para las otras chicas, damas o no.

Como les consta, no soy un experto en eso del deporte, pero de puro mirar a la muchacha, que sospeché era cubana, les puedo explicar que, en eso de lanzar el galicismo, el truco no reside en la fuerza, sino en la elasticidad y rapidez en la carrera, que se realiza en línea recta por un pasillo de unos cuatro metros de ancho y treinta de largo, hasta llegar al arco de final de la zona de lanzamiento. El límite, que no debe pisarse, es una cinta de madera o listón de metal pintado de blanco, a nivel del suelo. Unas señales colocadas en el pasillo, que llaman cruces, avisarán al lanzador de lo que le queda por delante. Se corre con la jabalina agarrada con la palma hacia arriba, paralela al suelo y a la altura del hombro. Al lanzarla, el cuerpo da como un latigazo, el brazo de atrás y abajo hacia adelante y arriba, describiendo un arco. La zona de caída está señalada en el estadio, y semeja un sector de circunferencia, que se va ensanchando a partir del límite de la zona de lanzamiento.

Naturalmente, el que —o en este caso la que— lanza más lejos, sin pisar el listón y dentro de la zona de caída, gana. La distancia del tiro se mide por la señal dejada por la punta, aunque la jabalina no quede clavada en el césped o el suelo. Las distancias que se consiguen son asombrosas: en hombres, el récord mundial se acerca a los cien metros, y las muchachas han superado la barrera de los setenta metros, no todas, claro está, pero sí algunas.

Vuelvo a donde empecé, con la tigresa o pantera o gacela del estadio. Yo, hace unas horas, ni siquiera sabía con certeza que era cubana y que se llamaba María Caridad Colón. La cuestión es que se movía lindo, suelta la chica, y elegante y amorosa, y que empezó a cautivar al sector masculino del estadio, y que no lo hacía mal, ni mucho menos, aunque pocos atendían a las marcas que lograba y sí a su desenvoltura, a la línea que formaba su cuerpo elástico en el esfuerzo último, con el brazo como acompañando el vuelo de la jabalina. Sus competidoras me parecieron perversas, y lo han sido: se valen de otros trucos o medios nada elegantes, esto quedó claro, sólo con ver sus caras y sus corpachones fuertes como los de unas valquirias: iban a por ella.

Total, que mi chica, mi mulata, la reina del Lenin ha podido con todas. Casi me desmayo: creí que no se podía tener todo en la vida, y ella lo ha tenido. La más linda, la más simpática, la más elegante, el sueño de cualquier camarada cristiano o sin cristianar. Muchacha, si nos hubiesen dicho, y te incluyo a ti en el nos, que te iba a saltar la medalla de oro en el pecho, no nos lo hubiésemos creído. Te juro que pensé que cosas tan hermosas ya no ocurrían en estos tiempos de oprobio, en este mundo en el que ya no hay caridad. Pero sí ha habido, tú eres la Caridad, y no del cobre solamente, sino del oro. Por caridad. Si no ganas, el día se hubiese puesto muy feo para mí. Gracias, compañerita.